

importantes ensayos de interpretación de este fenómeno (Bunge, Arrayagaray, García Calderón, Ingenieros, Vallenilla Lanz, Lamar Schweyer, etc.) El señor Leguía no tenía del caudillo antiguo la vida aventurera y arriesgada, las campañas largas a través del territorio nacional, pero sí la seducción personal, la leyenda de valentía, la inescrupulosidad. Careciendo del peso de las ideologías podía maniobrar ágilmente por los altibajos de la política y apoyarse en elementos heterogéneos y cambiar con desenfado de postura; fué así como siendo masón grado 33 tuvo el apoyo del clero de quien se mostró siempre deferente, habiendo sido chauvinista hizo el arreglo con Chile y con Colombia, siendo oligarca habló de su socialismo, ajeno a la raza oprimida anunció la redención de "nuestros hermanos los indios". Si carecía de trabas ideológicas, carecía también de trabas mentales, éticas o de casta. Ignoraba el miedo de las responsabilidades. Actuaba con decisión y optimismo acaso sin meditar mucho en lo que hacía. Gustaba de la exhibición pública. Era, en suma, un extravertido. Satisfecha su ambición, era benévolo con quien quisiera acercarse a él y aún gozar del poder, aunque hubiese sido antes su enemigo, con tal de que lo acatara. No era pues el suyo el viejo caudillaje bárbaro a base de mera violencia elemental que dentro de América actual se encarna mejor en Gómez; era el caudillaje amansado actuando naturalmente con el poder de intimidar pero también, y quizá en forma más efectiva, con el poder de corromper.

Teniendo muchos puntos comunes con el pardismo, el señor Leguía se diferenciaba de éste en el hecho de que su sicología no era la de los viejos hacendados y propietarios de fincas y gerentes de bancos modestos sino la del moderno hombre de negocios. Precisamente al pardismo le había ocurrido, allá por los años 1904 a 1908 al lanzar al señor Leguía en la vida política, lo que ocurre con esos señores que entregan la administración de sus haciendas a un mayordomo, aparentemente respetuoso, celoso, vigilante y utilísimo que luego resulta dueño de esas haciendas y acreedor y victorioso enemigo de esos hacendados. Era, pues por muchas razones, el señor Leguía el hombre para la penetración capitalista en el Perú. Pero esta penetración no se realizó tanto desde el punto de vista de las industrias, manufacturas, racionalización de la agricultura etc. como desde el punto de vista fiscal mediante los empréstitos, los contratos para obras públicas, la modernización de la capital. La prosperidad que aparentemente surgió no correspondía pues a un desenvolvimiento gradual de las posibilidades del capital privado; sino a una hipertrofia de las cifras del Presupuesto mediante el apoyo de empresas extranjeras o nacionales (estas últimas a base de amigos o parientes del Presidente). El economista yanqui Dennis acaba de decir en un artículo que el sistema financiero del señor Leguía consistía en pedir prestado y gastar: pedir prestado aún en las épocas de bonanza en que para financistas prudentes llega el momento de saldar sus deudas, pedir prestado aún para obras no reproductivas, como aquel que desde Monte Carlo decía: "El sistema funciona bien, manden más dinero".

Al amparo de la prodigalidad vino la formación rápida de muchas fortunas. Y los intereses que se crearon o que pugnaban por crearse buscaron la deificación del caudillaje. La tradición limeña de carácter cortesano proveniente del servilismo ante los virreyes y ante los "Restauradores", "Protectores" y "Regeneradores" de la República, reapareció.

Fué así como llegó a constituirse, en vísperas de las reelecciones de 1924 y 1929, varias veces por semana la costumbre de regalar medallas al Pre-

sidente; cómo se llegó a celebrar en el recinto de la Cámara de Diputados un banquete de cuota inverosímil con tarjetas de oro como menús; cómo en el Teatro Forero se realizó otro banquete monstruo con bailes clásicos en el escenario y con damas mirando desde los palcos; cómo los turiferarios, después de comparar a su jefe con Cristo, Bismarck, Washington, Bolívar etc. llegaron a hablar del "Júpites Presidente" y a propiciar un museo para los objetos que lo recordasen amén de la designación de plazas y avenidas con su nombre o el de sus familiares y de la inauguración de estatuas, bustos y placas conmemorativas en su honor.

Coincidió con esto un afán general de materialismo y sensualismo. Se deificaba al progreso material, se hablaba con desdén de los doctores charlatanes, se buscaba ante todo y sobre todo la riqueza. En su sombría historia, el Perú había tenido otras épocas análogas; por ejemplo, de 1851 a 1853, durante los negociados de la Consolidación y de 1869 a 1871 durante la fiebre de las obras públicas, ambas veces durante la riqueza del guano. Pero aquellos habían sido momentos fugaces y esto se prolongaba y se prolongaba; además las sumas de dinero en acción entonces habían sido ínfimas en comparación con las actuales; y sólo ahora actuaba el capitalismo extranjero con todos sus peligros.

El desprestigio de los viejos partidos, la desunión entre los potentados desplazados del poder por el leguismo, la ausencia de caudillos y el sensualismo imperante impidieron el triunfo de las diversas tentativas subversivas. Esencial influencia ejerció para ello, sobre todo, el fortalecimiento del Estado. Antaño quienes habían ido a la rebelión habían contado con medios de ataque y de defensa más o menos análogos a los del gobierno. Ahora, los aviones, las ametralladoras y demás elementos bélicos significaban algo costoso, temible y eficaz de que sólo el Estado podía disponer. De otro lado, la reforma de la policía tuvo consecuencias inmensas. No sólo porque fueron impedidos o frustrados la algarada callejera y el atentado personal sino porque al organizarse los servicios de previsión y de in-

vestigación mediante la policía secreta numerosa, bien pagada y bien preparada, fueron localizados fácilmente e impedidos de actuar con eficacia quienes representaban o podían representar lo que en términos penales podriase llamar la "peligrosidad política". Llegó a ser más cómodo recibir dinero para conspirar o empezar a conspirar y luego delatar; industria ésta de la delación que pasó a incrementar el número de las escasas industrias auténticamente nacionales. En los buenos tiempos del militarismo épico de los generales conmitones o imitadores de Bolívar, había sido más fácil ascender al poder que mantenerse en él; ascender era, muchas veces, cuestión de audacia, de suerte, de valor. Ahora, por el contrario, resultó más fácil mantenerse en el poder que ascender a él.

Comenzó a sedimentarse con el tiempo una nueva oligarquía acaso más rapaz y más insolente que la anterior. La envidia y el rencor volvieron a circundar a los poderosos que esta vez no tenían todavía el prestigio del abolengo. El desenfado con que el señor Leguía se contradecía en su política —internacional, sobre todo, al hacer el arreglo con Colombia y con Chile— había extendido el desengaño sobre su probidad intelectual. Varios años de exaltación de la prosperidad nacional resultaron desembocando en una honda crisis financiera y económica agravada por la crisis mundial, por la inconsciencia con que habían sido hechos los empréstitos y por el agobiante exceso de monopolios y concesiones en beneficio de unos pocos. El centralismo habíase exacerbado aumentándose la diferencia entre la capital y las provincias; fracasados, burocratizados y ubicados en Lima los Congresos Regionales; suprimidas las Municipalidades y Juntas Departamentales; reducidas las elecciones políticas a un reparto de curules desde Lima.

El caudillaje de Leguía, pasadas la etapa de la fascinación, la etapa de la fuerza y la etapa de la apoteosis debía empezar la etapa del ocaso. En 1928 se realizaron nuevas elecciones presidenciales y el señor Leguía cometió el error histórico de ir a otra renovación de su mandato. Acaso si entonces convoca a elecciones libres lla-



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza**

— y —
La Sastrería

LA COLOMBIANA
de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283